

todo lo bello, porque lo bello es arte y es bueno, en sus diferentes medios. Tagore dijo: «La música siente lo infinito en el aire; la pintura, en la tierra. La poesía lo siente en la tierra y en el aire, porque su palabra tiene el sentido que camina y la melodía que vuela».

¡Llor a Sagunto que viste nacer y morir a un hombre ejemplar, Médico, Historiador, Literato, Poeta y Músico, que te ha honrado y te honrará mientras el mundo exista...!

Y es que don Antonio poseía, providencialmente, todas las virtudes que el Padre Feyjóo exigía en todos los médicos en su «Teatro Crítico», que escribió durante quince años, del 1725 al 1740:

“La primera, que sea buen christiano. La segunda, que sea juicioso, y de temperamento no muy igneo. La tercera, que no sea jactancioso. La cuarta, que no sea adicto a sistema alguno filosófico. La quinta, que no sea amontonador de remedios. La sexta, que observe y se informe exactamente de las señales de las enfermedades. La séptima, que correspondan por lo común los sucesos a sus pronósticos —digo “por lo común”, porque acertar siempre en esta materia, no es de hombres, sino de ángeles”.

ESTEBAN BLANCO XIMENEZ

Presidente del

Centro Arqueológico Saguntino

Breves datos biográficos

Nació D. Antonio Chabret y Fraga en la Ciudad de Sagunto (Valencia), el 28 de mayo de 1846, siendo el 4.º de los hijos de D. Juan Bautista Chabret, industrial calderero, y de D.ª Antonia Fraga. Ingresó muy joven en el Seminario Conciliar de Valencia con ánimo de seguir la carrera eclesiástica, estudios que más tarde abandonó para ingresar en la Facultad de Medicina de Valencia, donde se licenció el 22 de marzo de 1872. Ejerció primeramente su profesión en el pueblo de Caudiel (Castellón), de donde pasó a su ciudad natal, en la que contrajo matrimonio el 15 de julio de 1878 con D.ª Dolores Brú Torres, hija de D. Tomás Brú y Bruño. Fruto de este matrimonio fueron tres hijos; D.ª Adela, D. Antonio y D. Juan. Era este ilustre hijo de Sagunto: Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia; miembro correspondiente de la «Société de Correspondence Hispanique»; Comendador de la Orden Civil de Alfonso XII, hallándose igualmente en posesión de la Cruz de primera clase de la Orden del Mérito Militar.

Fué el primer Cronista de Sagunto y su labor difícilmente podrá ser igualada.

Su fallecimiento, acaeció en Sagunto el 4 de Septiembre de 1907, a los 61 años de edad, constituyó un doloroso acontecimiento de resonancia nacional e internacional

«Tío Antonio»

Vuelvo vista atrás, más allá de medio siglo, evocando recuerdos gratos con qué complacer, gustoso, la amable invitación que acabo de recibir del Centro Arqueológico Saguntino, a fin de que llene un par de páginas de su boletín ARSE en este número extraordinario y necrológico. Pero ello, no con tema ar-

queológico que dejó para plumas mejor cortadas que la mía, sino que una simple nota emotiva o sentimental, mero recuerdo íntimo y cariñoso al maestro que para siempre nos dejó, quedando tras de sí la imperecedera estela de su sabiduría hermanada con su bondad. Me refiero a mi inolvidable tío Antonio Chabret y

Fraga.

Permítaseme una ojeada retrospectiva a mis felices tiempos juveniles y universitarios, en que la vida era un encanto aureolado de ilusiones y amoríos. Mi casa paterna en Villarreal de los Infantes, era una alquería con huerto y jardín, más un emparrado secular que cobijaba el escenario de nuestras fiestas familiares, de las cuales no era exenta la familia de Chabret, y las frecuentes visitas de tío Antonio siempre rápidas e inesperadas, y las más detenidas de su hija, prima Adelita, que solía pasar algunos días con mis hermanas. Hay que decir que nuestro parentesco, si bien algo lejano, resultaba de hecho casi fraternal por lo cariñoso.

Concretando: Las visitas de mi inolvidable tío arqueólogo, historiador, músico y poeta (además de médico), eran casi siempre para gratas charlas de nuestras comunes aficiones antedichas. El venía a leerme sus poesías, a ejecutar en mi piano sus composiciones recientes (sin olvidar la «Marcha fúnebre»), me contaba sus hallazgos arqueológicos (como la preciosa espada romana), me traía sus libros recién publicados...

No entro en detalles. Tan solamente recordar quiero una anécdota curiosa: En una de sus inesperadas visitas a Villarreal, me invitó a que fuese a Sagunto para visitar juntos el teatro romano. Encantado acepté en el acto («¿Cómo no?») Y a los pocos días me personé en su casa, llegando cuando él iba a salir. Y me dijo: «Espérame aquí con tus primos mientras visito a mis enfermos; antes de una hora estoy de regreso y subiremos al teatro». ero mi impaciencia juvenil no me detuvo, y en su ausencia, subí sólo a conocer el monumento. De regreso dije a mi tío: «No se moleste usted en acompañarme. Ya he visto el teatro durante su ausencia.» y me contestó: «Has estado allí, pero aún no lo conoces. Ven conmigo.»

Y allá subimos juntos los dos, para explicarme pacientemente —minuciosa y magistralmente—, en hora y media—, la historia y descripción del famoso monumento nacional del siglo tercero de

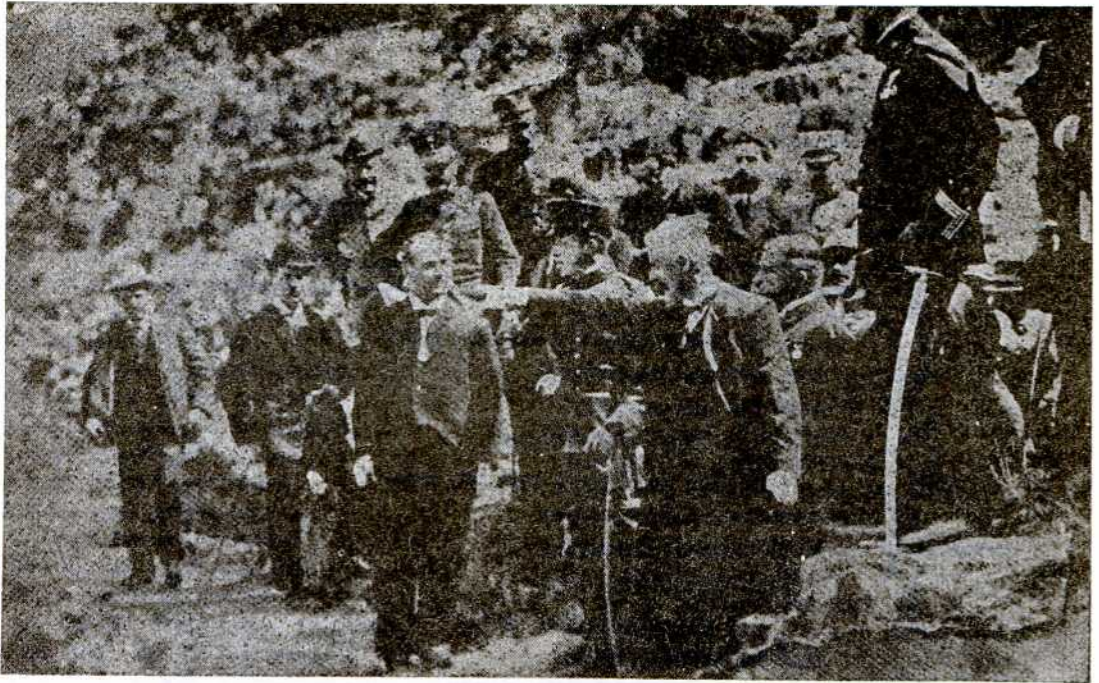
nuestra era, quizás; y lamentablemente mutilado por la ignorancia en 1811, y no por los franceses invasores, sino por militares españoles.

Sobre el terreno hízome ver mi tío, en el hemiciclo, lo que es la cávea (orquesta, gradas y desaparecido pórtico superior); las salvas (hospitalaria y regia); la escena con su proscenio y coragia; el desaparecido arco de triunfo, las puertas laterales de acceso, etc. Me explicó las categorías de espectadores en la ima, media y suma cáveas del hemiciclo; y sus vomitorios; todo ello bajo inmenso velario que cubría el teatro. Y mi imaginación iba viendo todo aquel pasado esplendoroso transportado o retrotraído a quince siglos atrás. Y le dije: «Tío: Tenía usted razón. Antes, *estuve* sólo, aquí; pero hasta ahora, con usted, no lo había *visto*. Gracias, y venga un abrazo.»

Si en este artículo no frenase yo mi pluma, se deslizaría sobre albas cuartillas para evocar otros recuerdos de aquel saguntino ilustre ya malogrado hace medio siglo en que para siempre nos dejó. Y abusando de la hospitalidad de este saguntino boletín arqueológico, iría rememorando otras anécdotas semejantes a la que acabo de pergeñar. Por eso me limito a evocar un recuerdo cariñoso del hombre bueno, culto y laborioso, a la par que artista sentimental, tanto, que al morir dejó escrita una marcha fúnebre para su entierro y compuesto el «Requiescat» musical para sus funerales, honras fúnebres a las que se sumó el pueblo saguntino en masa. Y Sagunto no olvida a su hijo ilustre, al académico autor del libro «Sagunto», cuyo ejemplar dedicado, figura en lugar preferente de mi biblioteca, y ahora lo veo cubierto de flores marchitas del jardín de Villarreal, y con el perfume de una oración de su sobrino,

CARLOS SARTHOU CARRERES

*A. C. de las Reales Academias de la
Historia de Madrid y la de
Bellas Artes de Valencia*



S. M. el Rey Don Alfonso XIII en su visita oficial a Sagunto, siendo Presidente del Consejo de Ministros, Don Raimundo Fernández Villaverde, y Alcalde del M. I. Ayuntamiento de Sagunto, Don Manuel Martínez Bono

Al entrar el Rey en el Teatro Romano, D. Antonio Chabret, con su humorismo característico le preguntó al Rey: **Tiene ya S. M. la entrada correspondiente?**, a esto el Rey quedó un poco sorprendido e inmediatamente D. Antonio extrajo de su bolsillo. una pieza de piedra como una moneda irregular y entregándosela, añadió, **yo lo preveía y por eso le he traído una entrada Romana auténtica.** A esto el Rey reaccionando, le dijo: **¿Y quien me garantiza de que esta entrada es auténtica?** a lo que respondió D. Antonio imperturbable: **Pues, yo**

Esta pieza tan original, la fueron curioseando todos los asistentes D. Antonio, no la perdía de vista, y cuando ya creyó bastante estudiada, con disimulo, la volvió a recoger y nuevamente se la guardó, en un momento de descuido de S. M.